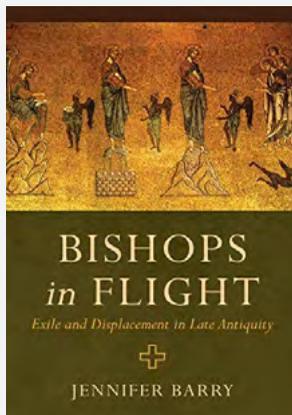


Reseña

SERGIO DAMIÁN VITELLA | damianvit@hotmail.com
 Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza



Bishops in Flight Exile and Displacement in Late Antiquity

- Jennifer Barry
- University of California Press, 2019
- Oakland
- ISBN 978-052-03-0037-8
- 224 páginas

El análisis de las relaciones entre el cristianismo, el paganismo y las herejías es interesante, puesto que ha generado una ingente cantidad de literatura al respecto. En este sentido, dichas relaciones deben ser contextualizadas en la gran estructura política en la cual acontecieron, el Imperio romano. Por lo tanto, la simbiosis entre todos estos componentes posibilita el abordaje de un proceso histórico y político que culminó en una estrecha relación entre el Estado romano y la Iglesia cristiana, producto de la institucionalización de esta última sobre las estructuras administrativas imperiales.

Ahora bien, dado el extenso segmento de tiempo del proceso histórico que supone lo anteriormente mencionado, la demarcación de esta reseña se centrará en los agitados siglos IV y V d. C., puesto que permiten un abordaje político y teológico como manifestación de poderes religiosos devenidos en poderes políticos hostiles. Teniendo

en cuenta estas premisas, las jerarquías episcopales institucionalizadas que desembocaron en el cristianismo triunfante del siglo IV no solo intervinieron en la elaboración de los discursos, en sus controles y en las prácticas culturales, sino también en las luchas por la imposición de una estructura teológica, con el favor del emperador mediante, en pos de lograr la primacía episcopal. En este sentido, Jennifer Barry propone un enfoque innovador, en virtud de la indagación que hace de las construcciones discursivas de aquellos obispos expulsados o depuestos de sus sedes episcopales, explorando textos literarios, investigando las vivencias en el paisaje exílico y articulando religión y política como dimensiones que deben ser analizadas en forma conjunta y no como compartimentos estancos. Por eso, las identidades religiosas —como cualquier otra identidad— están ancladas en la materialidad que las relaciones sociales construyen, cuestión que, en la integración de la *ecclesia* cristiana sobre las estructuras

administrativas romanas, supuso asumir mentalidades, hábitos y prácticas profanas por parte de un poder religioso devenido en político. Por esta razón, y en el contexto de la controversia arriana que consumió una gran parte del siglo IV, la autora no puede disociar la religión de la política, una pareja conceptual que cobró fuerza luego del concilio de Nicea en el año 325, debido a que la Iglesia buscó el apoyo imperial en la disputa para ocupar ámbitos de poder en pos de imponerse entre las distintas vertientes del cristianismo disidente y convertirse, así, en ortodoxia. A este respecto, los obispos exiliados o expulsados de sus sedes son analizados a la luz de los discursos y comportamientos de los primeros cristianos que huyeron de las persecuciones imperiales. En relación con esto, se destacan los exilios y huidas de Atanasio de Alejandría o de Juan Crisóstomo, puesto que procuraron ayuda en documentos literarios antiguos para hacer inteligible dichas situaciones y articularlas con sus propias experiencias. En ese marco, el objetivo del exiliado era fundamentar su ortodoxia católica. Aquí, hay que destacar un aporte importante de la autora porque incorporó a su análisis la categoría de espacio o lugar, noción que se integró a las construcciones retóricas del desplazamiento, cuestión que contribuyó a erigir y consolidar una identidad exílica que fortaleciera la ortodoxia católica. Por lo tanto, cuando Atanasio de Alejandría sufrió la expulsión a causa de la infiltración arriana en su región, el desierto fue un refugio que, reconstruido mentalmente, lo asemejó a su amada Alejandría. De esta forma, el obispo podía robustecer y legitimar su ortodoxia lejos de su tierra.

Cuando Jennifer Barry trabaja el exilio de Juan Crisóstomo, cuyos sermones en defensa de la ortodoxia católica eran muy tajantes, rotundos e inflexibles, se pueden rastrear aspectos similares a los atravesados por Atanasio de Alejandría. Por un lado, Crisóstomo efectuaba duras críticas al estilo de vida licencioso de la corte imperial, situación que lo enemistó con la emperatriz Eudoxia

y con Arcadio, el emperador. Fue despuesto como patriarca constantinopolitano (398-404) y condenado al exilio y, al respecto, Barry analiza su conducta, a medida que avanzaba su vivencia exílica, su ulterior regreso y, finalmente, su global concepción de la vida episcopal centrada en Constantinopla. Si bien, el antioqueno concibió su expulsión como producto de las persecuciones y los regresos como signos de ortodoxia, por otro lado, comenzó a internalizar que el desplazamiento, el sufrimiento y el alejamiento de las costumbres mundanas constituían y educaban al verdadero cristiano, asunto que le permitió decidir no retornar. Siguiendo con su evaluación de las fuentes literarias, la autora examina a dos biógrafos de Juan Crisóstomo: Pseudo-Martyrius y Palladius. El propósito es abordar la construcción retórica del exilio hecha por estas dos personalidades. En esta línea, muchos estudiosos polemizaron y pusieron en duda su ortodoxia, sin embargo, ambos biógrafos avalaron su legitimidad y realizaron —como sostuve líneas más arriba— conexiones con la experiencia exílica legada por Atanasio de Alejandría.

Un escenario paradójico irrumpe en el trabajo de Barry cuando comienza con el estudio de un obispo peculiar, Eusebio de Nicomedia. Por una parte, cuando tuvo lugar el concilio de Nicea en 325, firmó lo acordado en relación a la cuestión trinitaria y la condena al arrianismo, a pesar de sus discrepancias. Posteriormente, su defensa de la tesis arriana lo enemistó con la corte imperial, puesto que el concilio de Nicea fue un intento de solución cristológica para que la doctrina trinitaria y ortodoxa del catolicismo fuera el soporte ideológico de la unidad política del Imperio. Esta circunstancia hizo que el hombre de Nicomedia fuera condenado al exilio y, tras un breve lapso de tres años, lograra recuperar la confianza imperial y así, en su regreso, cerca de 329, consiguiera que la estructura gubernamental fuese, lentamente, adoptando sus tesis y, además, penetrara en la Iglesia cristiana. Es importante hacer una salvedad sobre la figura de

este obispo. A este respecto, se requiere destacar los discursos que rodean al exilio de Eusebio de Nicomedia por parte de historiadores eclesiásticos del siglo V, tales como Philostorgius, Socrates Scholasticus y Theodoret de Cyrrihus.

En primer lugar, Philostorgius —escritor opuesto a las tesis nicenas— recuerda a sus lectores que Nicomedia fue un sustancial espacio de poder político imperial y eclesiástico hasta bien entrado el siglo IV. En esta línea, el autor destaca al obispo como un hombre formado en la ortodoxia que, además, bautizó al emperador Constantino I en su lecho de muerte y luego fue designado obispo de Constantinopla. En segundo lugar, Socrates Scholasticus, historiador de la Iglesia cristiana, afirmó que la destitución y el exilio de Eusebio se debieron a una decisión de Constantino el Grande, postura coincidente con la del otro gran escritor del cristianismo, Sozomenus. Siguiendo con Socrates, este autor aseveró la culpabilidad de Eusebio en la expansión de la herejía arriana, además de condenar a Nicomedia como centro herético para, de esta forma, salvaguardar el estatus niceno de Constantinopla. Aquí se puede apreciar la inserción, por parte de Barry, de la categoría espacio, puesto que Nicomedia contaminó las ciudades ortodoxas circundantes hasta el punto de ser considerada un paisaje maldito y disímil de los espacios de la ortodoxia nicaena. Adicionalmente, hay que incorporar al análisis de la autora, que Nicomedia fue el sitio en el cual se emitió el edicto de la Gran Persecución a los cristianos en 303, durante el reinado de Diocleciano. Nuevamente, espacio, zona o lugar son categorías que se entrelazan en la construcción del discurso exílico, no solo para conectar a obispos herejes a sus ciudades, sino también para mancillar ciudades que expandieron la semilla herética del mal por las distintas regiones imperiales. Por último, Theodoret de Cyrrihus es enmarcado por Barry dentro de la noción de espacio o lugar, puesto que sus contactos con los herejes desterrados se limitan a su ciudad natal. En tal sentido, del análisis de la

autora sobre el trabajo de Theodoret, se deriva la importancia que este le dio al discurso exílico que alude a Eusebio de Nicomedia en aras de vigorizar los argumentos espaciales. Dicho de otro modo, para el autor la política del espacio es elemental en pos de cumplir con un objetivo: crear memoria. Por eso, sus ataques a los eusebianos fueron más encarnizados en Antioquía, puesto que Alejandría y Constantinopla, pilares de la ortodoxia nicena, allanaban el camino para el regreso de Atanasio, el compañero religioso de Teodoreto. Por lo tanto, el daño más intenso causado por Eusebio se expandió desde dicha ciudad y no desde Nicomedia, dado que su intención era propagar la discordia en toda la *pars orientis* del Imperio.

De igual forma, Meletius de Antioch, que tiene un legado exílico con varias expulsiones de su sede episcopal por su cercanía con las posiciones nicenas, rivalizó con las conclusiones de Theodoret. Al contrario del hombre de Cyrrihus, Melecio utilizó el espacio en las afueras de Antioquía en pos de reconectar sus sentimientos ortodoxos construyendo una iglesia y colocando las reliquias de San Babylas en ella. Del mismo modo, Sozomeno acepta el estatus ortodoxo de Melecio debido a sus conexiones personales y exílicas con Juan Crisóstomo. Por consiguiente, en los casos abordados se puede valorar cómo el espacio y la ortodoxia se entrelazan en el discurso sobre el exilio.

En suma, la labor realizada por Jennifer Barry es un extraordinario análisis de los usos discursivos de los personajes históricos abordados, junto a los lugares y los legados vivenciales de los exiliados en pos de establecer los límites de la ortodoxia en los efervescentes siglos IV y V d. C. Dicho de otro modo, la utilización del concepto de heterotopía, como expresión de espacios socioculturales y discursivos que reflejan una “otredad”, permiten inteligir la heterotopía como un mundo en el interior de otro. El texto muestra las narrativas como construcciones retóricas entre nicenos y obispos discordantes con tales posturas. En este sentido, texto y contexto

se combinan y se refuerzan mutuamente para reflejar las articulaciones discursivas que el desplazamiento de la sede episcopal y el exilio suponen. Por otro lado, la categoría exilio revela que no se la puede reducir a un solo término, dado que las

pugnas eclesiásticas elucidan discursos que expresan los legados y las conexiones entre personas y sitios de exilio hasta el punto, quizás, de construir una identificación ortodoxa alternativa sin que implique una desviación doctrinal.